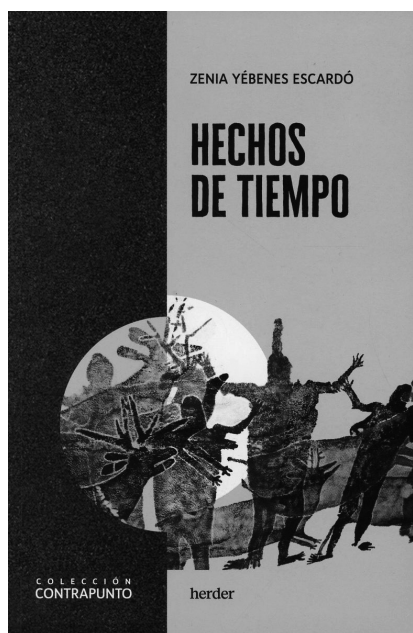


Hechos de tiempo, de Zenia Yébenes Escardó

Gabriela Méndez Cota

Universidad Iberoamericana, Ciudad de México



Yébenes Escardó, Zenia. *Hechos de tiempo*. Ciudad de México y Barcelona: Herder, 2023.

Zenia Yébenes Escardó —doctora en Filosofía por la UNAM y en Ciencias Antropológicas por la UAM-Iztapalapa, adscrita desde 2007 al Departamento de Humanidades de la UAM-Cuajimalpa— instruye y conmueve, esclarece y asombra con su escritura entre disciplinas. En parte, esto tiene que ver con la complejidad de los problemas históricos y conceptuales de los cuales se ocupa, pero, sobre todo, con la capacidad de la escritora para dejarse interpelar por la alteridad de sus sujetos de estudio y hacer resonar esa experiencia afectiva, casi íntima, en un registro rigurosamente académico.

La teología mística y su reconfiguración deconstructiva en el pensamiento contemporáneo de la literatura (en *Figuras de lo imposible*, de 2007); la reducción epistemológica del lenguaje corporal de la mística moderna y sus



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International License.

doi: 10.48102/rd.f.v57i159.363

consecuencias hasta hoy para el estudio de las experiencias religiosas (en *Indicios visionarios*, de 2021), y la contribución de las teorías científicas del tiempo y la vida a una renovada imaginación política para el Antropoceno (en *Hechos de tiempo*, de 2023) son sólo algunas de las temáticas a través de las cuales Yébenes ha situado y elaborado su posición ante la alteridad, la finitud, la subjetividad y la responsabilidad intelectual, la que podría resumirse en sus propias palabras: “Estamos constantemente ‘deshaciéndonos’ y ‘rehaciéndonos’, y el secreto de nuestra muerte, del no ser, está ahí, en el ser, en nuestros propios tejidos”.¹

Nadie lo creería, pero la de Yébenes es, en el fondo, una escritura creyente. Esto, sin embargo, estrictamente en el sentido que la escritora otorga al creer, que precisamente no se agota en las determinaciones históricas de la religión, la filosofía o la ciencia, sino que se inscribe en la problemática ontológica o, mejor dicho, existencial de la debilidad, la tachadura y la desaparición, la cual explora en profundidad en sus

primeros libros y, en *Hechos de tiempo*, pone en conversación con la ciencia contemporánea. Aquí, creer llega a diferenciarse de su acepción corriente como un acto humano de adhesión a ciertas proposiciones o doctrinas religiosas, para formularse en términos pragmáticos como un modo de hacer con las formas de aparecer de las cosas, las imágenes, que pertenecerían no necesaria ni exclusivamente a seres humanos, sino a la vida misma. Creer se plantea, al final de cuentas, como la cuestión existencial del crear; para Yébenes es una cuestión ética y política antes que epistemológica, si consideramos que la epistemología moderna ha consistido en abstraer y elevar, con violencia, el razonamiento lógico por encima de todo lo anterior. En la dimensión performativa de la escritura de Yébenes se juega su compromiso con lo anterior o su singularidad creyente, es decir, su modo de hacer resonar la pregunta por el sentido del ser, del tiempo, en nuestros propios tejidos.

Antes de las imágenes y la imaginación como formas de aparición y des-

¹ Zenia Yébenes Escardó, *Hechos de tiempo* (Ciudad de México y Barcelona: Herder, 2023), 80.

aparición de la vida, Yébenes se ocupó de las figuras y la ficción como condiciones de posibilidad e imposibilidad del pensamiento. *Figuras de lo imposible* explora la reconfiguración de la teología mística en aquel pensamiento postheideggeriano que situó la tarea del pensar en la exploración poética de los límites del lenguaje, y acabó por darle a lo literario un cierto sentido “ético” o deconstructivo: el de un encuentro (necesario e imposible) con la alteridad radical. El libro expone las semejanzas y diferencias entre la mística teológica del medioevo y la mística deconstructiva de la posguerra francesa. Además, a través de un estilo de escritura muy personal, invita a sus lectores a relacionarse de un modo libre con esa dimensión de la escritura que consiste en arriesgarse, en ofrecer “un relato y unas palabras, imágenes y frases enigmáticas, cuyo sentido sólo se revela en la interpretación”.² Si, como escribiera Lispector, “en lo imposible está la realidad”,³ Yébenes propone sus figuras

de lo imposible como modo de hacer con lo real de la subjetividad, llamado “goce” en el psicoanálisis y que plantea a cada cual el reto existencial de elaborar, en el mundo, un deseo. Lo que en *Hechos de tiempo* se presenta como un desafío de imaginación política, se había planteado antes como el desafío espiritual de abrazar la “muerte de Dios”, por medio de una nueva “creencia” o modo de hacer con la escritura, en tanto posibilidad ética de elaborar un deseo. “Cuestión total, desamparo e indignencia, súplica”,⁴ citando a Derrida, o bien cuestión de recibir, como un don, la propia desaparición.

Hechos de tiempo abre un camino, en el mundo de habla hispana, para recibir el don, tomando en serio las imágenes, pero con otro antecedente que vale la pena mencionar. En *Indicios visionarios. Hacia una prehistoria de la alucinación* Yébenes explica que su insistencia en tomar en serio los testimonios históricos de la mística moderna, en concreto los incidentes de posesión demoniaca o

² Zenia Yébenes Escardó, *Figuras de lo imposible* (Ciudad de México y Barcelona: Herder, 2007), 23.

³ Clarice Lispector, *Aprendizaje o El libro de los placeres* (Barcelona: Siruela, 2001), 96.

⁴ Yébenes Escardó, *Figuras de lo imposible*, 22.

visionado de espíritus, santos, ángeles y, por supuesto, Dios, tenía que ver con una decisión ética y política. No se trataba de creer en entidades divinas a la manera en que los científicos creen en ciertos axiomas o proposiciones, sino confiar en que sus sujetos de estudio (en particular, los místicos españoles) son capaces de describir e interrogarse de manera significativa acerca de sus prácticas. Tal decisión o, podríamos decir, deseo de alteridad es desde luego característica del giro ético contemporáneo en donde, como hemos visto, se inscribe el pensamiento de Yébenes. En este caso se reconoce además político, en un sentido crítico que extiende las lecciones fundamentales de la dialéctica de la Ilustración. Frente al afán desmitificador de la actitud ilustrada y su devenir institucional como una forma de paranoia obligatoria, la autora repositiona las prácticas encarnadas de discreción y discernimiento de sus sujetos de estudio. Muestra tales prácticas como no meramente razonables, sino condiciones de posibilidad históricas de las prácticas y creencias de la ciencia moderna. Al mismo tiempo que el libro instruye sobre la traducción epistemológica de la mística de los siglos xvi

y xvii, a través de su institucionalización por la vía inquisitorial de la ortodoxia católica, nos invita a cuestionar la fe moderna en el sujeto ilustrado, que se asume capaz de desenmascarar toda creencia como una superstición. Los fenómenos místicos revelarían, por el contrario, que creer (incluso en ángeles y demonios) es un acto previo al de adherirse, voluntariosamente, a ciertas proposiciones o doctrinas. Sería, en primera instancia, un gesto de apertura, confianza o reconocimiento de algo distinto de e inconmensurable con uno mismo. En *Indicios visionarios* los sujetos de estudio hacen hincapié en la alteridad sagrada. En otros contextos, se hace en personas, palabras o cosas: lo importante es, para Yébenes, el sentido ético de ese gesto anterior al conocimiento. El sentido común, según el cual la creencia consiste en afirmar o rechazar proposiciones o información, se olvida de ese gesto anterior al desdén, “ilustradamente”, modos afectivos, corpóreos, de articular la experiencia, como la mística. En nuestro mundo actual, de información indiscreta e indiscernible, los modos de hacer de la mística, sus creencias, nos interpelan a través de la escritura de Yébenes, quien

los toma en serio porque permiten comprender que el soporte de todo deseo, de toda coexistencia, es siempre y necesariamente la alteridad, el no ser en el corazón del ser.

En *Hechos de tiempo*, Yébenes nos recuerda que, como expuso Hegel en la Enciclopedia, la temporalización exige que cada momento presente, cada ahora, deje de ser para dar paso a lo que todavía no es. Pero la insistencia de Hegel en la negatividad del tiempo —que parecería encontrar su corolario más radical en *Ser y tiempo* de Heidegger— resultará insuficiente para dar cuenta del tiempo, pues esto requiere, según Yébenes a la estela de Derrida, su inscripción espacial. La noción de escritura, o “el devenir espacio del tiempo y el devenir tiempo del espacio que hace posible que huellas del pasado se retengan e inscriban espacialmente para el futuro”⁵ habría podido desde el principio, aunque coyunturalmente a través de la noción cibernética de programa, abarcar el movimiento de la vida misma. Si, como se desprende de las ciencias de la vida, la repetición es

esencial a la vida, no incluye meramente, sino que presupone, “una especie de fuerza mnemotécnica que preserva lo que debe repetirse”.⁶ La vida misma —como, en su propio ámbito, el inconsciente— deconstruiría la separación entre lo vivo y lo no vivo; en virtud de eso, también las dicotomías que estructuran el pensamiento occidental. El ser es el tiempo, pero, entonces, para una escritora como Yébenes vale más dar un paso atrás respecto a las grandes filosofías y prestar atención a “lo pequeño y habitualmente ninguneado” que serían el cuerpo, los sentidos y las formas de aparición de las cosas. Su llamado a las cosas mismas implica de cualquier manera recomenzar con Heidegger, aunque ahora de la mano de Heisenberg (por sí mismos, en deconstrucción).

Hechos de tiempo nos recuerda que el modo primordial de abrir lo que Heidegger llama “la mundanidad del mundo” es hacerlo familiar, utilizarlo. Antes de considerar las cosas como objetos de representación, las tomamos como equipamientos y las encajamos

⁵ Yébenes Escardó, *Hechos de tiempo*, 77.

⁶ Yébenes Escardó, *Hechos de tiempo*, 77.

en nuestras rutinas. Lo interesante es que la apertura de la mundanidad se convierte, por puro hábito, en imagen del mundo. La era de la imagen del mundo, diría Heidegger, ha olvidado la forma de aparición primordial de las cosas, su singularidad, dada su fijación en la metafísica (la representación calculable, la matematización de la naturaleza) que se ha consumado en la equivalencia general (el capitalismo). *Hechos de tiempo* insiste en volver a que habitamos el mundo de una forma sensible y, por tanto, la equivalencia no es, ni puede ser, todo. Yébenes nos explica que lo sensible aparece (desapareciendo) mediante formas que llamamos imágenes. Una imagen sería la forma que una cosa tiene de aparecer para entrar en relación con otras. Las imágenes serían formas de aparición sensible que el mismo mundo emite de sí. Por tanto, no serían necesaria ni exclusivamente humanas. Existir no sería mero “ser para la muerte”, sino responder a un flujo constante de imágenes comunicadas a los cuerpos desde dentro y desde fuera de sí mismos. Definidas por un borde o marco tácito —el del cuerpo— las imágenes, según Yébenes, implican actos culturales e históricos de imagi-

nación. Esto va más allá de constatar la equivalencia por todos lados, pues se trata de responder al llamado de la alteridad, y en este sentido, la imaginación política constituye la preocupación central de *Hechos de tiempo*.

Se trata precisamente de lo que no puede reducirse a los imaginarios políticos disponibles en Occidente, asociados a proyectos identitarios, territoriales, nacionalistas, hoy efectivamente signados por la equivalencia general. Lo que no puede reducirse es el tiempo mismo de que estamos hechos, el don que nos impone la responsabilidad de una coexistencia “más allá de nosotros”. En la era del Antropoceno, Yébenes llama a descartar tanto los discursos apocalípticos como los tecnooptimistas, ya que ambos se basan en el postulado antropocéntrico de un tiempo, ya sea reversible o determinado. Las industrias del combustible fósil han dejado una huella imborrable en el planeta Tierra, pero hay que sostener tanto la irreversibilidad del daño como la indeterminación del futuro. Para ello, hay que romper con la imagen del mundo, con el tiempo congelado. Creer en la imaginación política se plantea en *Hechos de tiempo* como un camino radical que pasa por

hacer estallar la concepción dominante del tiempo (lineal, unívoca, progresiva, mecánica, calculable), esa que en realidad niega el tiempo al reducirlo a los presupuestos onto-teológicos de la razón occidental. El camino pasa por radicalizar los hallazgos de la mecánica cuántica, que deconstruye su propia autoridad mediante hallazgos como la indeterminación ontológica y su corolario, la incertidumbre, que socavan e incluso “hacen estallar” la temporalidad progresista, eurocéntrica de la ciencia moderna,⁷ la misma que cristaliza hoy, catastróficamente, en un tecnototalitarismo de alcances planetarios.

Para diferenciar entre la imaginación como posibilidad vital y los imaginarios políticos heredados, Yébenes ofrece un contraste conceptual entre dos imágenes y experiencias del tiempo, a saber: la imagen-movimiento y la imagen-hábito, por un lado, y la ima-

gen-tiempo y la imagen-memoria, por otro. Las primeras serían las que cristalizan en una filosofía de la historia y en un enfoque analítico-positivista en último término, a partir de una reificación del mundo de la praxis ordinaria. Las segundas serían apariciones a la cuales accederíamos episódicamente de forma espontánea, o mediante una interrupción de la cotidianeidad, para experimentar un “exceso de inmanencia”, o el tiempo como proceso constante de alteración de sí mismo. Es decir que, frente a la imagen-hábito, la imagen-memoria no sería exactamente un escape hacia el mundo de las ideas, sino una modulación del olvido, de la indiferencia hacia el propio hábito. Dejarse cautivar en un ritmo temporal, no utilitario, indiferente al productivismo (por ejemplo, por la imagen del vuelo de los pájaros) produciría una suerte de lucidez existencial. Las imágenes, dice

⁷ *Hechos de tiempo* guarda estrechos paralelismos con algunas corrientes minoritarias de los nuevos materialismos feministas en el ámbito anglosajón, aquellas que, sin desdeñar el legado de la crítica y la deconstrucción, abandonan el antagonismo con el discurso científico que predominó en los años dorados de “la Teoría” para articular ciertos hallazgos de la investigación científica contemporánea con la agenda ética y política de las posthumanidades del siglo XXI. Algunos ejemplos en la tradición inaugurada por Karen Barad son: Sarah Kember y Joanna Zylińska, *Life After New Media: Mediation as a Vital Process* (Cambridge: MIT Press, 2014); y Debora Goldgaber, *Speculative Grammarology* (Edimburgo: Edinburgh University Press, 2020).

Yébenes, transmiten la densidad irreductible de los sentimientos. De ahí que liberen preguntas, más que afirmaciones de verdad. La del vuelo de los pájaros nos hace preguntarnos, por ejemplo, si realmente es posible articular la lucidez existencial —típicamente asociada a la individualidad— con el actuar colectivo. Lo interesante es que *Hechos de tiempo* no responde de un modo abstracto, sino como un llamado a responsabilizarnos por nuestras creencias, comprendidas de un modo no subjetivista como modos de hacer con otros, siempre antes y más allá de las preferencias políticas, o de los imaginarios políticos disponibles.

En *Figuras de lo imposible* se articula el problema de la subjetividad/sexualización a través de, entre otras, la imagen del silencio de Lol, personaje de Marguerite Duras. La escritora describía a Lol como “la que está sin voz”, “la que menos conozco” y a quien sólo puede mostrar “ocultándola, como un perro muerto sobre la playa”.⁸ En *Hechos de tiempo* Yébenes describe, de forma sor-

prendente, el “articular la propia voz” como un suceso extraordinario, como una transfiguración de la realidad, después de que la realidad/alteridad no sólo se nos ha resistido, sino que nos ha derrotado. En México, en el planeta Tierra, en la realidad aplastante de la violencia desatada, del sufrimiento en expansión, la imposible presencia de la voz pareciera disolverse ya no en la experiencia mística, y ya no en la literatura, sino en un silencioso saber demasiado: “como si el intelecto pretendiera evadirse, defensivamente, del qué es estar expuesto ‘en carne y hueso’ del qué es estar a la intemperie”.⁹ Para la Yébenes de *Hechos de tiempo* resulta entonces necesario reinventar nuevos modos de hacer con las imágenes, un nuevo creer, pero ya no desde la identidad y la preferencia política, sino desde la resonancia. De ahí también su interés en las teorías antropológicas de mana (y ya no sólo las teológico-filosóficas del don) como un poder social conectado con lo animal, lo vegetal, lo material o con la Tierra. Ella pro-

⁸ Yébenes Escardó, *Figuras de lo imposible*, 157.

⁹ Yébenes Escardó, *Hechos de tiempo*, 206.

pone reimaginar el mana más allá de la nostalgia antropológica como un vasto continuo de tiempo compuesto de múltiples umbrales en movimiento, ritmos y vestigios inscritos en la Tierra. Entre otros vestigios se inscribirían los de los muertos y también los de los espíritus y las divinidades propiamente dichas: imágenes-memoria que, si las dejáramos, continuarían interpelando

a nuestras formas de vida. En suma, el asedio de las imágenes, su alteridad irreductible, sería mana por excelencia, y su promesa sería la de disolver la imagen-hábito del Yo en favor de una agencia más dispersa. Cuanto más se alejen de la praxis, más se acercarán al sueño, a lo que Yébenes admite como estados alterados de conciencia, no necesariamente exentos de claridad.